

# Cartas y Salones: mujeres que leen y escriben la nación en la Sudamérica del siglo XIX [1]

Sarah C. Chambers [2] | Universidad de Minnesota. Estados Unidos

## Resumen

Este ensayo se basa en la correspondencia de tres destacadas mujeres de principios del siglo diecinueve en la Sudamérica española (Manuela Sáenz, Mariquita Sánchez de Thompson y Carmen Arriagada) para analizar sus ideas sobre la identidad nacional y el lugar de la mujer en las nuevas repúblicas. Sus cartas revelan que las redes de amistad influenciaron en su diverso grado de nacionalismo y les permitieron defender que las mujeres podían jugar un papel importante en la reconciliación nacional durante el periodo de lucha civil. Propongo que la nueva concepción de las naciones como "comunidades imaginadas" (Anderson, 1983) se enraíce en las interacciones sociales de estas -más pequeñas pero más tangibles- comunidades de escritores, conversadores y conspiradores políticos. Excluidas de la función pública, y por tanto inhabilitadas para seguir sus ambiciones personales, estas tres mujeres afirmaron que ponían la unidad nacional por encima de la política partidista. Aunque dicho argumento hacía imposible exigir los derechos de plena ciudadanía para las mujeres, fueron más allá del restrictivo rol de esposa y madre desprendida, que se estaba convirtiendo progresivamente en la idea oficial, para hacer de consejeras y mediadoras en el espacio político.

**Palabras clave:** nacionalismo, mujeres, esfera pública, ciudadanía, exilio.

## Abstract

This essay draws upon the correspondence of three prominent women of early nineteenth-century Spanish South America (Manuela Sáenz, Mariquita Sánchez de Thompson and Carmen Arriagada) to analyze their conceptions of national identity and the place of women in the new republics. Their letters reveal that networks based upon friendship both influenced their varying degrees of nationalism and allowed them to argue that women could play an important role in national reconciliation during a period of civil strife. I propose that emerging concepts of nations as "imagined communities" (Anderson 1983) were rooted in the social interactions of these smaller but more tangible communities of writers, conversationalists, and political conspirators. Barred from political office and therefore unable to pursue self-interested ambitions, these three women asserted that they placed national unity above partisan politics. Although such an argument made it impossible to claim full citizenship rights for women, they went beyond the restrictive role of selfless wife and mother, which was increasingly becoming the official ideal, to act as advisors and mediators in the political realm.

**Key words:** nationalism, women, public sphere, citizenship, exile.

- Claro -repuso don Fidel con su afición a los silogismos-: es el deber de todo buen patriota, porque la patria está representada por el Gobierno; luego, apoyándolo es el modo de manifestarse patriota.

- Pero hijo -replicó doña Francisca-, tu proposición es falsa porque. . .

- Ta, ta, ta, -interrumpió don Fidel-, las mujeres no entienden de política; ¿no es así, caballero? añadió dirigiéndose a Martín, que era el más próximo que tenía.

- No es ésa mi opinión, señor -respondió Rivas con modestia." [3]

Igual que Don Fidel silenció a su mujer, pocas de las ideas de las mujeres hispano-americanas del inicio del periodo nacional han sobrevivido en el registro histórico. Disponemos de historias sobre las heroínas de las guerras de independencia: mujeres que hicieron de espías, contrabandistas, financistas y seguidoras de campamentos militares [4]. Pero sabemos mucho menos sobre lo que las mujeres pensaban, porque sus escritos fueron menos públicos que sus acciones y han sido ampliamente excluidas de los cánones literarios nacionales.

Pero no deberíamos suponer que las opiniones de las mujeres fueron ignoradas en su tiempo. Como el Martín Rivas de ficción, muchos políticos e intelectuales disfrutaron de la compañía de mujeres instruidas, en *tertulias* [5] vespertinas (salones). En las recomendaciones para la educación de su sobrino, Simón Bolívar subrayaba: "Sobre todo, te recomiendo que instiles en él el amor por la sociedad cultivada, donde el sexo bello ejerce su benigna influencia" [6]. La sociabilidad de las mujeres fue, por tanto, una piedra angular en la construcción de las comunidades nacionales en Latinoamérica. Aunque dichas conversaciones fuesen efímeras, algunos diálogos se han conservado sobre el papel, gracias a la correspondencia. Bolívar, por ejemplo, intercambió numerosas cartas con su hermana María Antonia y confió en su sagaz consejo político y financiero [7]. Este ensayo se basará en las cartas de tres importantes mujeres hispano-americanas Manuela Sáenz, de la Gran Colombia, Mariquita Sánchez de Argentina, y Carmen Arriagada de Chile- para reflexionar sobre el papel de la mujer en la lectura y especialmente en la escritura de sus visiones sobre la nación en la Sudamérica de principios del siglo diecinueve. Este análisis mostrará que las

amistades, mantenidas en parte a través de la correspondencia, influyeron en su diverso grado de identidad nacional, al mismo tiempo que les permitió defender que las mujeres podían jugar un importante rol como mediadoras en la incipiente política republicana.

Benedict Anderson señaló de forma creativa los medios, en especial la prensa escrita, por los que los ciudadanos de una nación pueden formarse un sentido de identidad común con compatriotas con los que nunca se han encontrado. Sin embargo, como Jürgen Habermas, Anderson da por sentado la esfera política, abstracta, tal y como fue imaginada por los filósofos masculinos de los siglos dieciocho y diecinueve[8]. Igual que las críticas feministas han ampliado las fronteras analíticas de la esfera pública, tomar el género en consideración puede aportar nuevas perspectivas sobre la formación de las identidades nacionales[9]. Las mujeres, que fueron excluidas del servicio militar y cuyos escritos permanecieron inéditos hasta la segunda mitad del siglo diecinueve, tuvieron que buscar otros medios para conectarse con una comunidad nacional. Para Latinoamérica, incluir la perspectiva de las mujeres revela que las relaciones sociales concretas siguieron siendo importantes, incluso cuando concepciones más abstractas de la nación y la república estaban emergiendo a principios del siglo diecinueve. Aunque las mujeres fueron excluidas de la prensa y de la política formal, fueron activas en espacios sociales intermediarios entre las esferas pública y doméstica, donde se discutieron filosofías, se tramaron conspiraciones y se formaron alianzas. Este ensayo analizará cómo esa posición intermediaria afectó a la percepción que de la nación tenía la mujer. La calidad de sus conexiones sociales determinó el grado en que varias mujeres instruidas se identificaron con sus naciones emergentes. Ese tipo de relaciones mediadas con el estado permitió a las mujeres, además, reivindicar que ellas trabajaban por la unidad nacional, en oposición a partidos políticos particulares, y ocasionalmente criticar el sacrificio de vidas "por la nación", cuando desde su punto de vista fomentaba intereses partidistas.

Este ensayo se centra específicamente en las mujeres, pero sus conclusiones también tienen implicaciones para los políticos masculinos. Los precursores de los partidos políticos en Latinoamérica se construyeron con frecuencia sobre redes de familia extensa y clientelismo personal[10]. Y aunque los hombres pudiesen llegar a una audiencia más amplia publicando en periódicos y panfletos, el uso de cartas manuscritas fue un fenómeno crucial y muy difundido. La nación imaginada en la

cultura impresa se mantuvo por tanto entrelazada con las conversaciones entre comunidades de amigos.

Las lectoras de literatura nacional en la Sudamérica de principios del siglo diecinueve se encontrarían con escasos roles que imitar. En la mayoría de los escritos publicados en las incipientes repúblicas, las mujeres, si acaso aparecían, eran o bien el objeto de autores masculinos o bien símbolos alegóricos de la nación[11]. Si bien no hubo funcionarios prominentes o intelectuales que abogaran por el reconocimiento de la ciudadanía de las mujeres, sus actitudes oscilaron entre la dura crítica de las mujeres políticamente activas y el elogio de aquellas que fomentaban las virtudes domésticas. En los años que siguieron a la independencia, el teatro representó el hogar como el lugar adecuado para las mujeres. Obras tales como *Las convulsiones* de Luis Vargas Tejada (Colombia, 1828), y *Frutos de la educación* de Felipe Pardo y Aliaga (Perú, 1829), ridiculizaban a las mujeres intelectuales y dramatizaban los peligros de y para las mujeres en la esfera pública[12]. Una ideología más positiva, influenciada por la ilustración europea, pero también arraigada en la experiencia hispano-americana, afirmaba que incluso en el hogar las mujeres jugaban un importante papel criando ciudadanos leales y virtuosos[13]. Domingo Faustino Sarmiento de Argentina fue uno de los más destacados y activos abogados de la educación de las mujeres, preguntándose retóricamente en 1843, "¿Cabe alguna duda de que la mujer debe ser educada de forma que ella pueda educar a sus hijos también?"[14]. Al enfatizar los beneficios tanto para la nación como para las propias mujeres, las escuelas que él estableció no buscaban la graduación de mujeres intelectuales sino de "esposas tiernas y tolerantes, madres ilustradas y morales, cabezas de familia diligentes y ahorrativas"[15].

Estos papeles domésticos fueron la identidad dominante incluso para las primeras autoras que empezaron a discutir el papel de la mujer en revistas femeninas que aparecieron a mediados del siglo diecinueve[16]. Nancy Saporta Sternbach destaca la posición contradictoria de dos de dichas periodistas en Argentina: "Ambas lucharon incesantemente por los derechos de la mujer a través de su activismo y sus escritos, a la vez que insistían en que las mujeres no hicieran una profesión de la escritura"[17]. Aunque la capacidad de la mujer para publicar su trabajo fue un importante avance, dichas escritoras se limitaban a temas presumiblemente femeninos, tales como la educación y la crianza de los hijos, y raramente publicaban fuera de revistas

femeninas[18]. En foros más privados, como las cartas, algunas mujeres de la elite y de clase media se lamentaban de la estrechez de una moral tan rígida[19].

Para recuperar la voz de las mujeres hispano-americanas ilustradas de la primera mitad del siglo diecinueve, antes de la aparición de revistas femeninas, necesitamos pasar de los periódicos y los libros a los trabajos inéditos[20]. Aunque hay escasos diarios de mujeres de este periodo en existencia, muchas mujeres de clase media y alta mantuvieron una prolífica correspondencia. El género de la carta, además, cae en un término medio entre las esferas pública y privada, cuestionando una división estricta entre lo político/masculino y lo doméstico/femenino. Con frecuencia las cartas proporcionaron y surgieron de material para las discusiones en salones, a la vez que sirvieron de modelo para las novelas epistolares y los escritos de viajes. Como Dena Goodman afirma para Francia, "Las cartas, que fueron la forma de escritura dominante en el siglo dieciocho, fueron progresiva y creativamente utilizadas por los filósofos para salvar la brecha entre los círculos privados en los que se reunían y el espacio público que pretendían conformar y conquistar"[21]. Las cartas habían jugado un papel central en la sociedad hispano-americana durante mucho tiempo, cuando gobernaban las elites educadas (*letrados*) e intentaban ejercer una hegemonía cultural sobre las primero colonias y después naciones a través de una copiosa correspondencia manuscrita[22]. Durante las guerras de independencia, los líderes políticos y militares masculinos debatieron de política y tramaron estrategias en cientos de cartas, más tarde publicadas en volúmenes que llenaron los anaqueles de las bibliotecas nacionales[23]. Finalmente, en el siglo diecinueve, las cartas llegaron a jugar un papel fundamental en la trama de novelas hispano-americanas tales como *Martín Rivas*[24].

La conversación y la correspondencia integraron a las mujeres en las comunidades nacionales emergentes de Europa y las Américas durante el final del siglo dieciocho y principios del diecinueve, y les ofreció una forma de actuar políticamente. Las académicas feministas han mostrado su oposición a la descripción que Rousseau hace de las "*salonnières*" en Francia como "*précieuses*" aristocráticas cuya influencia feminizante sobre los filósofos masculinos fue semejante al papel del "poder detrás del trono" en la política de la corte. Goodman afirma que la sociabilidad femenina en los salones de la ilustración estaba ayudando a construir una nueva "República de las Letras"[25]. Después de la Revolución Francesa, dichos espacios fueron

indudablemente politizados. Refiriéndose a las novelistas femeninas en la Francia del siglo diecinueve, Whitney Walton afirma "La política y la escritura eran básicamente inseparables para todas ellas; aunque hasta cierto punto la escritura fuera un sustituto del activismo político o al menos el único medio (junto con la sociabilidad y la conversación) para implicarse en asuntos políticos"[26]. Aunque menos estudiadas, las *tertulias* de ambos sexos fueron también comunes en Hispano-América y se politizaron progresivamente en los años previos y posteriores a la independencia. Yo propondría que los conceptos emergentes de la nación como "comunidades imaginadas", tanto para las mujeres como para los hombres, se arraiguen en estas comunidades, más pequeñas pero más tangibles, de escritores, lectores, conversadores y conspiradores políticos. La correspondencia permitió mantener los lazos entre dichos compatriotas cuando la política o la guerra los empujaban a viajar o al exilio, al mismo tiempo que extendió la pertenencia a dichas comunidades a aquellos que, especialmente en las provincias, no podían asistir a los salones de modo regular o en absoluto. Las mujeres jugaron, además, un papel especialmente importante, como el pegamento social que mantenía juntos a estos grupos[27]. Apelando a su no partidismo, una pretensión que era creíble, si no siempre completamente exacta, las corresponsales y asistentes a salones femeninas se ofrecieron como mediadores potenciales en la política cada vez más fragmentada de las incipientes repúblicas en Sudamérica.

Tristemente, la correspondencia femenina no fue recogida y protegida por los primeros archiveros, y aún más, no sólo está perdida la mayor parte sino muy probablemente destruida. Pero afortunadamente las cartas de Manuela Sáenz, Mariquita Sánchez y Carmen Arriagada sobrevivieron y fueron publicadas en el siglo veinte[28]. Incluso estas cartas publicadas fueron sólo una parte de las que redactaron estas tres prolíficas escritoras. Parte de la correspondencia de Sáenz a figuras políticas masculinas claves, tales como Simón Bolívar y el presidente ecuatoriano Juan José Flores, sobrevivieron como parte de su propia colección oficial, pero ella hace referencia a muchas más cartas enviadas a figuras políticas a lo largo de toda Sudamérica que aún no han sido localizadas[29]. Un rango más amplio de la correspondencia de Sánchez, que afirmaba en una carta que "No hay quien escriba tanto como yo"[30], fue preservada por los receptores o por miembros de su familia, quizá porque ella misma fue muy respetada a lo largo de su vida. Finalmente, las cartas enviadas por Arriagada a su amante austriaco, el pintor Juan Mauricio Rugendas, en casi cada envío bimensual durante diez años, y menos frecuentemente durante otros



cinco, fueron guardadas por éste pese a las advertencias de Arriagada de que las destruyera para proteger su reputación. Pero todas aquellas que escribió a sus muchos amigos todavía no han visto la luz.

La mayoría de las cartas redactadas por estas tres mujeres no pueden considerarse privadas en el sentido más estricto del término. Ninguna de estas escritoras podía estar convencida de la seguridad postal, y en varios momentos desarrollaron redes de amigos que se encargasen de llevar la correspondencia personalmente, evitando así que llegasen a manos equivocadas. Sánchez, además, aparentemente intentó que la mayoría de sus cartas circularan entre amigos y familiares, anotando sólo ocasionalmente que una carta concreta fuese exclusivamente para los ojos del receptor[31]. Sáenz le pidió a Flores que destruyese las cartas que le enviaba, en las que proporcionaba información sobre sus oponentes políticos exiliados en Perú, pero su contenido fue explícitamente político, más que personal. Las cartas de Arriagada a Rugendas están en el lado más íntimo de la escala, especialmente aquellas que consiguió enviar de forma secreta, en las que expresa abiertamente su amor. Sin embargo, las cartas que envió a través del correo ordinario hablan de literatura y de política, así como de noticias personales, e incluyen saludos de conocidos mutuos; probablemente, ella esperaba que al menos hablase de sus contenidos, y quizá incluso que las distribuyera, entre esos amigos.

Del abanico de temas que tratan estas mujeres en sus cartas, este ensayo se centrará en su concepción de las naciones emergentes. Sin embargo, en este periodo de formación, la frontera entre la pertenencia a una nación específica definida territorialmente y el concepto más amplio de adhesión a una república política post-colonial no siempre estuvo claramente delimitada. La primera sección se concentrará más en la primera acepción y pondrá de manifiesto los diversos grados en los que Sáenz, Sánchez y Arriagada se sintieron conectadas a las identidades nacionales emergentes de Ecuador, Argentina y Chile, respectivamente. Pese a sus diferencias, sin embargo, para las tres mujeres su sentido de nación estaba menos arraigado en conceptos abstractos que en relaciones concretas con amigos y familiares, que mantenían a través de la sociabilidad cara a cara y de la correspondencia. En términos del papel que pensaban que las mujeres deberían jugar en las nuevas repúblicas la definición política, más que territorial, de nación- las similitudes entre las tres son llamativas. Ninguna se conformaba con la cada vez más estrecha definición del ideal de mujer como "madre

republicana" ni limitaron sus escritos a temas de mujeres exclusivamente. No reclamaron el derecho a jugar un papel activo y directo en la esfera política, pero transformaron su exclusión de la política formal y su conectividad social en un fundamento de su influencia como mediadoras en los crecientes conflictos partidistas que amenazaban la unidad nacional.

### **Mujeres que escriben la nación**

La generación nacida al final del periodo colonial vivió una época de formación nacional sólo incipiente. De las tres mujeres en estudio, Manuela Sáenz tenía la identidad nacional más complicada. Nacida en Quito en 1797, como adulta se trasladó en un movimiento de ida y vuelta a través de las fronteras cambiantes de lo que luego serían las naciones de Perú, Ecuador y Colombia. Hija ilegítima de un oficial militar español y de una mujer de una de las familias moderadamente adineradas de la ciudad, Sáenz fue una rebelde tanto en su vida personal como política. De acuerdo con algunos relatos, en su juventud se escapó del convento en el que fue educada, en un intento de fugarse con un amante. Sin embargo, en 1819 su padre arregló su matrimonio con un comerciante inglés, con el que se mudó a Lima, Perú. Allí fue donde se unió a las conspiraciones contra el gobierno español [32]. Cuando el General argentino José San Martín llegó para ayudar al relativamente pequeño movimiento patriótico peruano, reconoció la participación de Sáenz y otras mujeres, estableciendo una Sociedad de Damas Patrióticas y condecorando a los miembros con una medalla especial grabada con la frase "Al patriotismo de los más sensibles" [33]. En 1822, Sáenz se fue de viaje a Quito, donde se encontró y se convirtió en la amante de Simón Bolívar, el líder de la independencia en el anterior Virreinato de la Nueva Granada. Volvió a Perú por su cuenta, para nunca volver con su marido, y acogió salones políticos mientras que Bolívar continuaba con sus campañas militares.

Tras la victoria final sobre las tropas realistas, Sáenz estableció su residencia en Bogotá, la capital de (lo que retrospectivamente dio en llamarse) la Gran Colombia, donde Bolívar fue presidente. Ella vino a compartir su visión de unidad hispano-americana, y se defendía de la etiqueta de extranjera en Bogotá declarando: "mi país es el continente de la América" [34]. Fue, sin embargo, una unidad de corta vida. En 1830, cuando Bolívar yacía en su lecho de muerte, primero Venezuela y luego Ecuador



declararon su independencia de Colombia. Sáenz, que había ridiculizado públicamente a los rivales de Bolívar, se vio fuera de favor político. Tres años después, el presidente Francisco de Paula Santander acusó a Sáenz de participar en una trama para derribar su administración (cargos que ella negó) y la forzaron a abandonar Colombia. Desde un refugio temporal en Jamaica, escribió a Juan José Flores, un antiguo amigo de Bolívar y entonces presidente de Ecuador, que le garantizó un salvoconducto para entrar al país. Sin embargo, cuando Sáenz llegó en 1835, Flores ya no era presidente, y su sucesor Vicente Rocafuerte, comparándola con Madame de Staël, canceló su pasaporte y le ordenó que abandonara el país [35].

Al cruzar la frontera con Perú, Sáenz tomó refugio en Paita. Esta pequeña ciudad en el desierto suponía un severo contraste con las capitales de Quito, Lima y Bogotá donde Sáenz había estado en el centro de los acontecimientos políticos y sociales durante los anteriores dieciséis años. Más tarde escribiría que "ocho años en Paita, entorpecen, envilecen y empobrecen" [36]. En cualquier caso, el puerto no estaba tan aislado como podría parecer. En el despertar de la independencia, la frontera entre Ecuador y Perú era vehementemente disputada. Paita era central no sólo en dicha política internacional, sino que su amplia comunidad exiliada también jugaba un papel en la política interna de Ecuador. El temprano Ecuador republicano no era tan inestable como los países vecinos, pero todavía experimentaba su carga de rebeliones y guerras civiles. Entre 1830 y 1843 el poder alternó, las más de las veces pacíficamente, entre el líder militar Flores y el civil Rocafuerte. Pero cuando Flores intentó extender su gobierno re-escribiendo la constitución de 1843, Rocafuerte se unió a una insurrección, que contaba con una trama en Paita. Decidida a permanecer políticamente activa, Sáenz intentó primero proporcionar información a Flores sobre los movimientos de tropas peruanas en la frontera, pero pronto se dio cuenta que podía serle de más utilidad como espía en la comunidad exilada [37].

Nacida y criada en Quito, Sáenz pasó casi toda su vida adulta en Colombia y Perú. Entonces, cuando Sáenz nació, no existía un país como Ecuador y nunca vivió allí cuando fue una nación. Fue durante sus años en Paita cuando las fronteras nacionales fueron definiéndose progresivamente, y fue esta experiencia de exilio la que forjó su propia identidad nacional. Sáenz se veía a sí misma como una quiteña antes que como ecuatoriana. En 1841, cuando todavía estaba buscando un camino para ser útil políticamente, escribió a Flores "Usted dispense cualquier destino que yo le ponga

pues no tengo en ello más interés que el de ser quiteña, amiga de usted y su segura servidora"[38]. Fue una identidad personal fuertemente vinculada a una experiencia directa de la patria y una relación afectiva con amigos y familiares. De hecho, fue frecuente en este periodo, tanto para hombres como para mujeres, identificarse tan fuertemente, si no más, con su región de origen, en lugar de con las nuevas naciones[39]. La base de poder de Flores estaba en Quito, por ejemplo, mientras que Rocafuerte representaba los intereses de la elite de Guayaquil. Puesto que la identificación de Sáenz con Quito se basaba más en los lazos con la gente que con el lugar, sus sentimientos de nacionalismo fluctuaban en cierto modo con la situación de dichas relaciones. Se sentía descorazonada, por ejemplo, cuando no pudo encontrar a nadie allí que se ocupara efectivamente de sus asuntos financieros. "Yo soy de Quito y tengo ahí parientes; tenía amigos"; se lamentaba, "y es como si jamás los hubiese tenido; creo que por una persona extraña no faltaría quien ande sus pasos y se realicen los cobros"[40].

Además, pese a las repetidas expresiones de amor por su patria, Sáenz nunca volvió a Ecuador, incluso cuando su exilio fue levantado, dos años después. Inicialmente explicó a Flores que temía volver mientras Rocafuerte fuera presidente[41]. Pero incluso cuando Flores volvió al poder, Sáenz permaneció en Paita. En 1842 le dijo a Flores que nunca intentaría volver ya que el clima era malo para su salud, y reveló que ni siquiera había pretendido establecerse de modo permanente en 1835, sino que simplemente pretendía recuperar su propiedad e irse de nuevo[42]. De todos modos, un año y medio más tarde mostraba ira y arrepentimiento por su exilio:

Un terrible anatema del infierno comunicado por Rocafuerte me tiene a mi lejos de mi patria y de mis amigos como usted, y lo peor es que mi fallo está echado a no regresar al suelo patrio; pues usted sabe, amigo mío, que es más fácil destruir una cosa que hacerla de nuevo; una orden me dispatrió; pero el salvoconducto no ha podido hacerme reunir a mis más caras afecciones: mi patria y mis amigos[43].

Aparentemente, ella nunca quiso hacer de Quito su casa permanente, pero la negación de esa posibilidad parece haber profundizado en lugar de debilitado sus sentimientos de patriotismo. También fortaleció su resolución a acortar distancias con la correspondencia. Con un toque de humor, advertía a Flores de que nunca se libraría de sus cartas, aunque tuviera que mudarse a Lima o incluso a China[44].

La política también conformó el sentido de nacionalismo de Sáenz. Su enemistad con Rocafuerte canalizó su activismo político en defensa de Flores, que ella identificaba subsecuentemente con el destino de la nación. Su alianza con Flores se basaba en su amistad y en la confianza en su capacidad para mantener el orden, no en una comprensión territorial de la nacionalidad, porque Flores, como Bolívar, era nativo de Venezuela. El exilio influyó más en su patriotismo cuando desarrolló un sentido de identidad nacional en oposición a sus experiencias y su imagen de Perú. Su llegada coincidió con un periodo de conflicto fronterizo entre los dos países, y ella se tomaba personalmente los insultos a Ecuador. En 1842, envió a Flores una copia de un poema satírico, que describía a Ecuador y Bolivia como vecinos pobres y envidiosos, urgiéndole a encontrar un "quiteño" que respondiera en defensa del honor nacional. Además, criticó a los líderes republicanos de Perú, por lo que veía como un rechazo desagradecido a la continua intervención de Bolívar en asuntos nacionales, después de que sus tropas hubiesen ayudado a derrotar a la armada realista. Finalmente, era desdeñosa con la inestabilidad y las guerras civiles presentes en Perú, un destino que esperaba que Ecuador evitase bajo el fuerte liderazgo de Flores. "Soy patriota", declaró, "y no quiero que mi país imite al Perú"[45].

Al final de la vida de Sáenz, su círculo de amigos mantenido a través del contacto personal o de la correspondencia- llegó a solaparse significativamente con su ciudadanía ecuatoriana. Así que su "imaginación" de la nación hundía sus raíces en conocidos reales, por más que se extendiera a los compatriotas con los que nunca se había encontrado. En 1853 escribió a Roberto Ascásubi, que había estado en el exilio en Paita pero que había vuelto a continuación a Ecuador, para agradecerle que le ayudara a recuperar su herencia materna. Le pidió que utilizara parte del dinero para comprar algunas artesanías locales, incluyendo algunos belenes, de forma que pudiese pasar la Nochebuena con los amigos "recordando la madre patria". Firmó con un "su amiga *llacta huasi*" [paisana en Quechua], y segura servidora, Manuela Sáenz de Quito"[46].

En contraste con el gradual desarrollo de una identidad ligada a la nación de Ecuador en el caso de Sáenz, Mariquita Sánchez se identificó fuertemente con Argentina a lo largo de toda su vida, pese a las fronteras cambiantes de la joven nación y a sus largos periodos de exilio en Montevideo (y una estancia más corta en Río de Janeiro) durante el gobierno de Juan Manuel Rosas. Pero Sánchez sí compartió con Sáenz un fuerte

carácter. Nacida en 1786 era la hija de un comerciante español y de un miembro de la oligarquía criolla de Buenos Aires[47]. Pese a su educación tradicional, buscó una dispensa legal en 1804 para casarse con su primo segundo, Martín Thompson, en contra de las objeciones de sus padres. En 1819, viuda sólo por un par de meses, se casó con Jean-Baptiste de Mendeville, el cónsul francés y varios años más joven. Finalmente vivió separada de Mendeville, que fue transferido a Ecuador y que más tarde se retiró a Francia. Sánchez también jugó un papel influyente en política a lo largo de su vida. Apoyó la independencia de España en 1810, fue miembro y después presidente de la Sociedad de Beneficencia, alojó durante décadas uno de los más renombrados salones políticos y culturales de Buenos Aires (donde patrocinó a los jóvenes intelectuales que ganarían después influencia nacional), y apoyó los movimientos de oposición a Rosas en la comunidad exilada en Montevideo desde 1839 hasta 1852.

En su correspondencia, Sánchez afirmó repetida y explícitamente su patriotismo. Durante las ceremonias para celebrar el aniversario de la independencia de Argentina respecto a España en 1839, reflexionaba sobre la agitación y el optimismo de aquellos primeros días, y sobre la caída de Rosas escribía a su hijo de sus fuertes emociones, exclamando "¡Tan patriota soy!"[48]. Varios factores pueden dar cuenta del generalmente más fuerte nacionalismo de Sánchez; tanto su propia historia personal como la de Argentina fueron menos complicadas que la de Sáenz y la Gran Colombia. Como nativa de la capital de Buenos Aires, no contaba con lealtades provinciales competidoras, e incluso apoyó algunas demandas provinciales en aras de preservar la unidad nacional[49]. Su experiencia del exilio, aunque difícil, fue diferente de la de Sáenz. Mientras que Sáenz se encontró entre los oponentes políticos de Flores, para quien hizo de espía, Sánchez estaba en el corazón de una comunidad amplia que proporcionaba apoyo, y que compartía una ferviente oposición a Rosas, pese a sus diferencias políticas en otras materias. Se identificó con ellos explícitamente como compañeros argentinos y se cuidó de distinguir al gobierno de Rosas de la nación Argentina. Frecuentemente escribió a su hija en Buenos Aires sobre su activa vida social en Montevideo, contando en una ocasión hasta cuarenta y una casas que visitaba regularmente[50]. Se enorgullecía especialmente de asistir a reuniones políticas con los argentinos más prominentes; de una tertulia en 1839, escribió que "mi amigo Marín vino a tomarme la mano y llevarme al cuarto de Miguel Irigoyen, donde había una reunión de argentinos. ¡Qué buen rato de abandono, de bromas y patriotismo!"[51].

Sólo en los momentos de la mayor desilusión con la situación de la política en Argentina, se apartó Sánchez de su firme compromiso con la *patria*. En 1861, escribió desde Buenos Aires a su marido en París que "Algunas veces pienso que he naufragado y aun que estoy en tierra extraña, porque ni un amigo de nuestra época existe, y siempre en estos desagradados políticos que nos arruinan sin fruto" [52]. Para Sánchez, igual que para Sáenz, el sentido de identidad nacional se entrelazaba con las relaciones personales y la política. Cuando el elevado coste de la vida y la inestable política local empujó a Sánchez a visitar Río de Janeiro buscando un cambio en 1846, se sintió sola, con pocos amigos y con una menor frecuencia de correspondencia con Buenos Aires: "suspiro por mi patria y mis amigos", se lamentaba [53]. En Río, para su jactancia, la gente pensaba que era europea debido a sus maneras, y en varios momentos expresó su deseo de vivir en Europa (donde se habían asentado varios de sus hijos) [54]. "¡Ah, mi amigo, qué cruel ha sido el destino conmigo!", exclamaba en una carta a Juan Bautista Alberdi, "tan europea y no poder ver esa Europa" [55]. En consistencia con ello, el sentido de identidad nacional de Sánchez se enraizaba en sus relaciones con otros argentinos, ya fuera en casa o en el exilio.

De modo interesante, la chilena Carmen Arriagada, que nunca experimentó el exilio de su patria, expresaba la mayor ambivalencia hacia el nacionalismo; quizá el exilio permitiera una imaginación más idealizada que ser testigo de la política cotidiana. Nacida en 1808 en vísperas de la independencia, Arriagada fue la más joven y la menos activa políticamente de las tres mujeres. A la edad de diecisiete se casó, en contra de los deseos de sus padres, con un oficial prusiano que se hizo terrateniente, pero creció aburrida de la vida de un ama de casa de provincias. Se la recuerda sobre todo por el affaire amoroso que tuvo con el pintor austriaco Juan Mauricio Rugendas, vívidamente evocado en sus numerosas cartas [56]. Sin embargo, Arriagada fue también activa en la vida cultural de su país: leyendo vorazmente, acogiendo salones y, aunque ella no publicó sus propios escritos, ayudando a establecer un periódico en Talca al que aportó traducciones de obras europeas. En cualquier caso, su identificación con la nación fue relativamente débil comparada con la de Sánchez o incluso con la de Sáenz, debido en parte a su fuerte desafecto con la forma autoritaria de gobierno establecida en 1830 por Diego Portales. Simultáneamente, se mofaba de los extravagantes homenajes al héroe nacional Portales, al que habían quitado la vida: "¿Y por qué no guardan como reliquias las balas que partieron su corazón benévolo?" [57], y

censuraba el caos político que siguió a su muerte en 1837, con "el sentimiento y luto en que debe hallarse el corazón de una chilena al ver las desgracias y pérdidas de su país" [58]. Su oposición a la invasión de Perú por parte de Chile en 1837 le condujo a reprobar al menos las definiciones oficiales de nacionalismo: "He conocido ahora que he dejado, de ser patriota; ningún interés tengo por la bendita expedición. Unos se cansa de amar una patria ingrata, y laureles que adornen la frente de un enemigo hacen sentir su peso. . . sobre el corazón más generoso" [59].

Arriagada se identificó más con la cultura que con la política de Chile, señalando, por ejemplo, que el exilio de un poeta chileno era peor pérdida para el país que la muerte de Portales [60]. No obstante, la única autora nacional que mencionaba con cierta frecuencia era una mujer, Mercedes Marín, cuya poesía admiraba (con la excepción de un homenaje a Portales), y repetidamente mostraba su deseo de conocerla y ser bienvenida en su círculo [61]. Arriagada se quejaba con frecuencia en sus cartas a Rugendas de la falta de cultura en la ciudad sureña de Talca, expresando su deseo de visitar Santiago con más frecuencia y pidiéndole que saludara a sus conocidos comunes en la capital [62]. En última instancia era la literatura europea que devoraba, desde Shakespeare a Byron y de Dumas a Hugo, la que inflamaba su imaginación. Aunque deseaba con todo su corazón que Rugendas siguiera en Chile, no obstante señalaba que "Chile no es campo para los talentos de Vd.; La Italia, la bella Italia es la patria de los talentos y de los Artes" [63]. En contraste, denigraba a los chilenos a los que no consideraba ni generosos ni agradecidos. De hecho, no había siquiera un carácter nacional, apuntaba, "son imitadores y de ningún modo originales" [64]. Como en los casos de Sáenz y Sánchez, su identidad de chilena se arraigaba en las relaciones sociales, pero su círculo de amigos intelectuales era pequeño e incluso sus amigas más cercanas leían sólo español y no podían compartir el interés de Arriagada en la literatura europea [65].

Es tentador especular sobre la relación entre sus respectivos gustos literarios y los sentimientos relativos de nacionalismo articulados por estas tres mujeres. De acuerdo con el escritor peruano Ricardo Palma, Sáenz estudió a los clásicos (tales como Plutarco y Tácito), a historiadores (incluyendo a Garcilaso), y a Cervantes [66]. Presumiblemente, también compartió con Bolívar su pasión por los textos de la Ilustración europea. Es de esperar que leyese la inmensamente popular novela epistolar de Rousseau, *La Nouvelle Héloïse*. Indudablemente, se habría identificado con



su protagonista, que sacrificó la virtud por el amor de su tutor. De hecho, Bolívar sugestivamente la llama "Eloísa" en una de sus cartas[67]. Todas estas obras habrían apuntalado el compromiso de Sáenz con los ideales universales del republicanismo más que con un patriotismo específico. Sánchez habría disfrutado del mayor acceso a una amplia variedad de libros. Buenos Aires era un puerto atlántico central, e incluso los viajeros europeos, generalmente difíciles de impresionar, destacaban favorablemente su biblioteca fundada en 1810[68]. En sus cartas se refiere a la literatura europea, incluyendo a George Sand, pero reserva los mayores elogios para los primeros ensayistas de Argentina, como Sarmiento y Alberdi. En su caso, los gustos cosmopolitas no habrían interferido con la devoción por las primeras obras nacionalistas. Pero para Arriagada, cuya pasión se dirigía a las novelas, no había romances americanos en su juventud que pudiesen competir con los bestsellers europeos que le proporcionaba Rugendas. Ella materializó los temores de los tempranos moralistas nacionales sobre los peligros de que las mujeres leyesen novelas: no sólo fue atraída hacia un affaire amoroso, sino que transfirió su apego sentimental de la patria a la Europa de su imaginación[69].

Las tres mujeres fueron también ávidas lectoras de periódicos, el foro crítico para la formación de la identidad nacional según Benedict Anderson. La prensa permitió a Arriagada, en las provincias, y a Sáenz y Sánchez, en el exilio, seguir informadas de acontecimientos nacionales clave. Pero hay escasas evidencias de que tales medios les condujeran a un sentido de identidad nacional más profundo y espiritual; de hecho, estas mujeres criticaron el partidismo divisivo de la prensa. En su lugar, fueron las relaciones sociales con paisanos, forjadas preferentemente a través de la conversación cara a cara pero mantenidas a través de la correspondencia, las que les llevaron a sus diversos grados de identificación con una comunidad "imaginada" de nación más abstracta. Para Sáenz ese círculo de amigos se extendía inicialmente a través de toda la región andina, desde Venezuela a Chile, y apoyaba la visión que compartía con Bolívar de panamericanismo. Sólo su confinamiento en una pequeña ciudad de la disputada frontera del norte de Perú orientó gradualmente sus aspiraciones políticas primero y su identidad afectiva después hacia Ecuador. Aunque Sánchez tenía muchos conocidos extranjeros, la mayoría de sus relaciones sociales, intelectuales y políticas eran con otros argentinos, incluso durante sus largos periodos de exilio. Además, esas relaciones eran continuamente reafirmadas por destacados líderes nacionales, y su papel central en la vida artística del país fue ampliamente reconocido durante su propia vida. Así sus

relaciones sociales reforzaron su identidad nacional. Arriagada, en contraste, estuvo más aislada de la vida política y cultural chilena, y contaba con un relativamente pequeño círculo de compatriotas en la ciudad de provincias de Talca. Aunque siguió la política, no participó, y su amor por la literatura europea le llevó incluso a la desilusión sobre el potencial de las Letras nacionales chilenas. Buscó refugio, en consecuencia, en una larga correspondencia con un artista Austriaco de visita.

### **Inscripción de las mujeres en la república**

Las distintas influencias de la prensa y la correspondencia en el sentido de identidad nacional femenino también conformaron sus esfuerzos para encontrar un lugar para las mujeres en la política post-colonial. Pese a sus diversos grados de identificación con una nación definida territorialmente, Sáenz, Sánchez y Arriagada compartieron un amplio compromiso con la construcción de repúblicas estables e independientes. Denunciaron amargamente la lucha civil y partidista como un obstáculo a dicha meta, señalando a los periódicos como las herramientas partidistas de los políticos masculinos que amenazaban con dividir en lugar de unir a las naciones[70]. En contraste, creían que las relaciones sociales más amplias y tolerantes alimentadas por las mujeres, en los salones y a través de la correspondencia, mantenían la promesa de la reconciliación nacional.

Sáenz atribuía partidismo y lealtades cambiantes a la búsqueda del interés propio por parte de las figuras políticas masculinas. El concepto de interés tenía un lugar ambivalente en la ideología republicana: si espoleaba a los hombres hacia hazañas gloriosas, el honor era compatible con la búsqueda del bien común, pero demasiada ambición personal podría amenazar a la república[71]. Bolívar intentó atenuar esta contradicción elogiando la búsqueda de la gloria y de la aclamación pública como virtudes masculinas, mientras que denunciaba la "ambición vulgar" arraigada en las pasiones "femeninas" de los celos y la venganza. Dichas pasiones "femeninas" desenfrenadas, ya sean expresadas por hombres o por mujeres, conducen a la discordia civil y al derramamiento de sangre[72]. Como Bolívar y otros líderes políticos, Sáenz reconocía en la guerra civil la mayor amenaza a la estabilidad de los tempranos estados republicanos en Latinoamérica, pero invirtieron sus connotaciones de género. Desde su perspectiva, la carrera masculina de la política basada en el interés

y la ambición conducía al desorden, como pudo atestiguar en Perú donde había un nuevo presidente "cada seis meses", como señalaba sólo medio en broma[73]:

Es divertido vivir aquí, pues hoy hay una cosa y mañana otra, la variedad de opiniones en una misma persona se atropella según las circunstancias. ¡Pobre país! Aquí no hay fe política que la dicte el corazón con pureza, todo es por miedo o interés[74].

Ella hizo una crítica similar de los ecuatorianos Rocafuerte y Pedro Moncayo, antes enemigos entre sí y aliados de Flores, pero que en 1845 se unieron en oposición a Flores.

Por otro lado, la falta de interés propio podría actuar en contra de la participación de las mujeres en la política, como señala Linda Kerber, "[p]uesto que las mujeres eran excluidas de honores y oficinas, los métodos habituales para vincular el interés propio con los resultados de la política nacional, la relación de las mujeres con la nación parecía vicaria"[75]. Pero Sáenz transformó la exclusión de las mujeres de las posiciones políticas en una afirmación de su mayor lealtad y constancia:

si me interesa la política de país extraño es solamente por la relación que tiene con la política del mío y por mis amigos; que por lo demás me importa muy poco o nada. Cuando digo que me intereso, entienda usted, que este interés no pasa de deseos y buenas intenciones; pues ya usted debe suponer que una pobre mujer puede ni armas tomar, ni armas comprar y menos influir en nada; pero mejor es tener amigos, bien sea masculinos o femeninos; ¿no le parece a usted?[76].

Obviamente, Sáenz no habría escrito estas cartas si pensara literalmente que las mujeres carecían de influencia política. Lo que daba a entender, por el contrario, era que no podían entrar en acción a la espera de recompensas concretas, tales como un nombramiento, y que, por tanto, no podían oscilar fácilmente para cambiar de un lado al otro. Al asociar la lealtad política con la sociabilidad femenina, en comparación con las traiciones generadas por la ambición y el partidismo masculino, Sáenz afirmaba el papel central de las mujeres en la construcción de naciones estables.

Sáenz temía que el partidismo divisivo fuese inflamado por la prensa. Aunque era una ávida lectora de periódicos, que con frecuencia le pedía a Flores que le enviara ejemplares de Ecuador y que le compensaba con publicaciones de su oposición en la

comunidad exilada, denunciaba el poder negativo de la prensa para calumniar. Quejándose de la prensa de oposición, Sáenz señalaba que había intentado convencer a otros ecuatorianos en el exilio de que el periódico "no es solo contra el general Flores sino contra el Ecuador todo" [77]. Pese a su prolífica correspondencia, Sáenz urgió a Flores a encontrar escritores que refutasen los "libelos" que ella le había hecho llegar, en lugar de escribir las respuestas por sí misma: "Yo siento, señor, infinito que yo no pueda escribir si yo tuviera dinero, yo la comprara [la imprenta] para quitarle la diversión al mordaz caucano. Mucho, mucho me ha indignado; yo desearía ser hombre por esta vez y nada más." [78]. En otra carta, citada más arriba, Sáenz reconocía la exclusión de las mujeres de la acción militar, pero tiene que haber sido especialmente doloroso que pudiese escribir pero no ser publicada en la prensa. Por otro lado, su exclusión de esa esfera de la escritura, como su imposibilidad de ejercer un cargo público, le permitió seguir reclamando una posición no partidista.

Sánchez siguió la prensa de un modo similar, pero prefería tener noticias directamente a través de las cartas de los amigos, dejando de leer periódicos durante sus periodos de gran desilusión con la política [79]. "¡Cuánto tiempo que no sé de usted", se quejaba ante Alberdi en 1861, "¡sino por los diarios!" [80]. Como Sáenz, se quejaba de los libelos publicados en la prensa pro-Rosas, incluyendo en una ocasión una puya satírica dirigida a ella, y la interceptación y publicación de cartas conspiradoras escritas por la oposición [81]. Denunciaba el tono agresivo de los artículos que echaban fuego a las divisiones partidistas: "Si tiene usted la paciencia de leer nuestros diarios", le escribió a Alberdi, "se sonrojará Ud. al leer el lenguaje en que se insultan los adversarios" [82]. Por el contrario, elogiaba a Alberdi como uno de los jóvenes intelectuales y políticos de su generación: "En aquellos tiempos aciagos Ud. era el solo hombre político que hacía las opiniones a mi gusto: con nobleza, con razones, con justicia. . . . Ud. tenía la prudencia de la vejez y el fuego de la juventud" [83]. Para inmediatamente vincular esas ideas con el problema recurrente de las divisiones partidistas en Argentina: "Se llama progreso el desunir los espíritus y los pueblos. Se atizan los odios de partido y se cierra la puerta a toda conciliación" [84].

De hecho, el tema de la falta de unidad es un lamento recurrente en la correspondencia de Sánchez. Elogiaba a hombres como Alberdi y Bartolomé Mitre, que "dejando sorprendido a su propio partido" negociaron el acuerdo de paz en 1860 [85]. Pero, como Sáenz, daba a entender que las mujeres, como amigas de los hombres en el

poder, podían jugar un útil papel como mediadoras entre facciones políticas. Aunque no vinculase explícitamente el interés personal sólo a los hombres, como hizo Sáenz, se quejaba del poder de los intereses financieros e incluso del soborno (que no se habría hecho a las mujeres) en la alteración de las opiniones políticas[86]. Por el contrario, se definía a sí misma como "en política como en religión muy tolerante"[87]. Entristecida por la guerra de 1839, escribió "veo en los hombres sino una familia, los muertos son igualmente llorados de cualquier lado que queden. Estos infelices sacrificados por ignorancia, por ambición, por miserables intrigas, son, para mí, objeto de compasión"[88]. Desde el exilio en 1840, estaba descorazonada porque nadie en Buenos Aires tuviese la convicción y la gallardía de asumir la representación legal del intelectual encarcelado José María Gutiérrez, mientras que "Cuántos, en el curso de la Revolución, he visto abandonados de todos y yo, pobre mujer, no temía comprometerme"[89]. Finalmente, vinculaba explícitamente la amistad con la reconciliación política. Cuando Alberdi planeaba un viaje a Madrid en 1859, Sánchez mostraba su esperanza de poder renovar su amistad con su hijo Juan Thompson, que vivía allí, y que, lo admitía, había estado cegado por el partidismo, "pues cada uno puede seguir su camino y conservar la amistad"[90]. Un año después, en las vísperas de un convenio entre los partidos en Argentina, renovó su solicitud, señalando que, más que nunca, "Ahora creo que podrán hablarse ustedes y renovar su amistad"[91].

Siendo la menos activa políticamente y la menos conectada socialmente de las tres, Arriagada expresó la misma frustración con el partidismo político y con la corrupción, pero un menor optimismo con que las mujeres pudiesen jugar un papel positivo a través de su influencia en sus amigos varones: "¿No ensalzamos hoy al que estamos pronto a humillar mañana?", confesaba Rugendas, "¿no gemimos bajo una férrea mano y no nos conformamos vilmente a todo antes que exponer unas vidas inútiles o unos bienes que no servirán casi si sigue la esclavitud?"[92]. Y quizá su sentido de desconexión respecto a la nación le llevó a denunciar, más que Sáenz o Sánchez, las guerras extranjeras, específicamente las expediciones chilenas contra la confederación Perú-Bolivia entre 1836 y 1839. Observó, por ejemplo, cómo Portales y el presidente Prieto podían utilizar las llamadas a la unidad en nombre de un enemigo extranjero para acallar las disensiones internas con la norma autoritaria[93]. Y en una de sus escasas críticas a la poetisa Mercedes Marín, Arriagada expresaba su disgusto por la alabanza del caído Portales, señalando en particular el deseo del poema de que aquellos fugitivos que escaparon de las tropas deberían morir de arrepentimiento

como sentimientos impropios de una mujer[94].

La posición de género por la que apostaron estas mujeres ilustradas las pone en una situación paradójica similar a la atribuida por Joan Scott a las feministas francesas de los siglos dieciocho y diecinueve: ¿cómo podían al mismo tiempo destacar la diferencia de género y exigir igualdad?[95] Por un lado, revirtieron algunos de los estereotipos de sexo de su propio tiempo. Es llamativo que las tres incidan irónicamente en cómo la ambición política lleva a los hombres a abandonar sus principios y a cambiar sus opiniones y posiciones políticas, en contraste con la común imagen de la mujer como veleidosa. "¡Qué proteica hace la revolución a los hombres!", exclamó Sáenz en una carta a Flores[96]. De un modo similar, Sánchez expresaba su exasperación con la volátil opinión de los hombres: "hay hombres peor que mujeres, y después nos ridiculizan y nos llaman charlatanas"[97]. Y la menos política Arriagada lo expresaba sorprendentemente del modo más brusco:

"Sólo observo que tanta prostitución hay en los hombres como puede haberla en las mujeres. Aquellos dice [sic] que no hay virtud de mujer que resista a las tentaciones y al oro. Y ahora, señores hombres, que un empleo, que un sueldo algo crecido ha hecho olvidar sus deberes, traicionar sus juramentos a uno de los principales de entre vosotros, qué diréis? Diréis todavía que sólo el sexo débil es débil?"[98]

Por otro lado, pese a estas fuertes condenas del sexo opuesto, su pretensión de que la sociabilidad femenina las colocaba por encima del poder corruptor de la política cerraba las opciones de reclamar derechos políticos directos para las mujeres en las nuevas naciones.

No obstante, teniendo en cuenta que no había potencial en la Hispano-América de después de la independencia para garantizar a las mujeres plenos derechos de ciudadanía, y simplemente el inconformismo de estas mujeres con una ideología de domesticidad cada vez más estricta aparece como una posición de fuerza, una posición que sería menos común cuando las mujeres empezaran a publicar sus escritos en la segunda mitad del siglo diecinueve. Sáenz no sólo se separó en sus escritos de las normas femeninas dominantes, sino que vivió abiertamente como una inconformista. Rechazó todos los intentos de reconciliación marital de su marido inglés, y nunca dio muestras de que compartiera las preocupaciones propias de Bolívar: "nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y el honor"[99]. Además, no



limitó su influencia política al salón o las cartas, sino que especialmente en su juventud salió uniformada para batallar contra los enemigos de Bolívar[100]. Sánchez y Arriagada fueron más circunspectas en el mantenimiento de las apariencias, aunque se desviarán de los ideales domésticos en sus vidas privadas y en escritos semi-privados. Ambas se opusieron a sus padres en sus elecciones de matrimonio, y a continuación buscaron diversas formas de escapar de las infelices relaciones resultantes. Sánchez, que se quejaba amargamente de su segundo marido, incluso en una carta a Alberdi, consiguió una independencia de facto cuando fue transferido como diplomático francés desde Argentina a Ecuador. Valoraba enormemente su independencia, recomendando a su hija que se pensara mucho un segundo matrimonio, pese a tratarse de un caballero que tenía su aprobación: "créeme, la independencia de nosotras, viudas, tiene sus ventajas" [101]. De hecho, Sánchez no era técnicamente una viuda en ese momento, y hay indicios de que tenía al menos un affaire. Finalmente, es precisamente por su affaire amoroso por lo que disponemos de tantas cartas escritas por Arriagada. Aunque inicialmente se consolaba con la noción romántica de que su relación con Rugendas era una unión pura de almas, sus cartas posteriores revelan que su amor se consumió físicamente, y que al menos el marido de Arriagada y muy probablemente otros conocidos estaban al tanto de su infidelidad[102]. Puede que estas mujeres no hayan sido representativas de su clase social, pero tampoco fueron únicas; la sociedad colonial en la que habían nacido permitía cierto grado de laxitud entre el comportamiento privado y las apariencias públicas[103].

Sánchez y Arriagada no sólo se desviaron de las estrictas normas de moralidad en sus vidas privadas, sino que también exhibieron opiniones que se apartaban de la creciente idealización de las mujeres como madres sobre todo. Arriagada leyó vorazmente todos los libros que le prestó Rugendas, pero no dudó en diferir de las opiniones de los autores sobre la mujer. Señalaba que estaba aprendiendo más de Keratiri, por ejemplo, pero objetaba que "esa línea que nos fija y que nos prohíbe de pasar, bajo la pena de apartarnos del objeto con que nos formó la naturaleza y hacemos así chocantes o ridículas." [104]. De modo similar, pese a su entusiasmo por las novelas de Dumas, objetaba:

"Los hombres son los privilegiados por este autor célebre. Si hay entre sus personajes criminales, hay otros caracteres hermosísimos. Pero entre las mujeres ni una sola, todas criminales o débiles o de un carácter insignificante, sólo para adornar el cuadro. .

. débiles en lo moral, débiles en lo físico! ¡Pobres, pobres mujeres!"[105]

Ciertamente, Arriagada se veía ofendida por las limitaciones impuestas como mujer, especialmente por la imposibilidad de viajar libremente y mucho menos de decidir tu propio destino[106].

Sánchez, que fue más activa políticamente que Arriagada, se ajusta mejor a la imagen clásica de la madre republicana, aunque ejerciera ese rol de un modo más asertivo que pasivo, y en algunos casos fuera incluso más allá del modelo. Desde el surgimiento de la nación Argentina, sus líderes varones reconocieron el potencial de canalizar los esfuerzos de la mujer en la esfera de la caridad y de la educación al servicio del estado. La *Beneficencia*, establecida inmediatamente después de la independencia, sancionó una extensión de la maternidad a través de las sociedades de damas de Buenos Aires en la gestión de orfanatos, escuelas femeninas y hospitales para mujeres. Sánchez fue una líder destacada en dicha organización antes y después de su exilio bajo el gobierno de Rosas, y se enorgullecía de su rol: "Vengo de mi función de la *beneficencia*", escribió a su marido en 1861, "donde soy la sola fundadora que asiste; estoy llena de atenciones siempre de las primeras autoridades. Esta es mi sola riqueza"[107]. En una carta a su hijo Juan Thompson en 1840, Sánchez articulaba claramente la noción dominante de maternidad republicana:

"Yo no puedo servir sino para las escuelas de las niñas. Cuando se acabe la guerra trataremos de esto y tendré el mayor placer en que se adelante, bajo sus auspicios en una cosa tan esencial, porque es preciso empezar por las mujeres si se quiere civilizar un país, y más entre nosotros, que los hombres no son bastantes y que tienen las armas en la mano para destruirse constantemente."[108]

Del mismo modo, registró varios de los servicios realizados por mujeres argentinas en el exilio en el movimiento contra Rosas, desde coser banderas hasta organizar la recogida de fondos[109].

Pese a todo el orgullo de Sánchez por jugar el papel oficial de madre de la nación Argentina, así como de matriarca de su propia familia extensa, hay indicios de que a veces se impacientaba ante las restricciones acompañantes. Sus descripciones de las actividades de apoyo de las mujeres en Montevideo, por ejemplo, adoptaban un tono algo distante en comparación con el recuento de sus lazos personales íntimos con

líderes poderosos y su papel central en los salones políticos. También vio con aprobación la participación más abierta y activa de mujeres respetables en negocios de riesgo, de la que fue testigo en Río de Janeiro [110]. Indudablemente, se veía distinta a otras mujeres, llegando a asegurar a Alberdi que vivían vidas similares: "Mi vida es la de un hombre filósofo por fuerza más bien que la de una mujer, con la desgracia de tener corazón de mujer, cabeza de volcán, y no tener esa frivolidad del sexo para distraerme." [111]. De un modo más significativo, se quejaba de los límites establecidos en la educación de la mujer, y del papel secundario que se esperaba que jugaran como meras ejecutoras de la política nacional. Señalaba que las mujeres que deseaban superar la educación básica para seguir en niveles de estudio superiores eran calificadas satíricamente de "pedantes" [112]. En 1859 su resentimiento desembocó en un conflicto abierto con Sarmiento, cuando publicó un informe crítico con la gestión de la *Beneficencia* de la escuela para huérfanas. Él deseaba desviar fondos de las clases de música y de francés, que veía como innecesarias dada la situación de las niñas en la vida, para establecer una escuela normal para profesores [113]. Con cartas a un periódico (anónimas) y al Ministro para la Instrucción Pública y al propio Sarmiento (éstas con su nombre), Sánchez contestaba a ese supuesto. Incluso si estuviesen destinadas a casarse con artesanos, argumentaba, sólo con una educación completa podían ser respetadas por sus hijos y ser capaces de corregir gentilmente cualquier deficiencia cultural de sus maridos en tanto verdaderos compañeros. "Ud. es un injusto", fulminaba a Sarmiento, "no se contenta con la política y los muchachos y quiere pelearse con las mujeres, ¡y no sabe Ud. qué malos enemigos son!" [114].

## Conclusiones

En la temprana Hispano-América nacional, donde las mujeres eran oficialmente excluidas de la esfera pública de la política, no todas se retiraron en un espacio puramente doméstico. Siguieron participando en salones, que habían sido importantes centros de conspiración durante los movimientos de independencia, y manteniendo amplios círculos sociales a través de una prolífica correspondencia. En los casos de Manuela Sáenz, Mariquita Sánchez y Carmen Arriagada, la intensidad de su identificación con una nación concreta como "comunidad imaginada", dependía de la amplitud y composición de estas redes sumamente reales. Sáenz se relacionó inicialmente con figuras destacadas a lo largo de los Andes y compartió la visión de

panamericanismo de Bolívar; cuando se exilió a Perú limitó su esfera efectiva de influencia, y se centró progresivamente en la política de su lugar de nacimiento, la nueva nación de Ecuador. Sánchez también pasó muchos años en el exilio, pero a donde quiera que fuese se rodeó y fue respetada por numerosos compatriotas; sólo en los momentos de mayor desilusión con la política partidista se distanció de su firme identificación con la nación Argentina. Finalmente, Arriagada, lejos del centro político y cultural de Santiago y sólo con un pequeño grupo de amigos de su misma orientación, tradujo su frustración con la política en desafecto con la nación chilena en su conjunto y buscó refugio, en su lugar, en la literatura europea.

Igual que las redes sociales ayudaron a definir su grado de nacionalismo, Sáenz y Sánchez defendieron el papel de las mujeres en el cuidado de amistades que trascendían las facciones partidistas, justificando así su influencia de hecho, como mediadoras, en la política republicana[115]. Apartadas de la función política, y por tanto inhabilitadas para seguir sus propias ambiciones personales, sugerían que las mujeres estaban más orientadas a basar en principios sus opiniones y alianzas. Aunque Arriagada fuese menos activa políticamente, un sugerente pasaje del diario de María Graham en Chile subraya el papel de la sociabilidad femenina en la mediación política. En el temprano Chile republicano, una de las rivalidades más feroces se dio entre los hermanos Carreras y Bernardo OHiggins. Cuando Graham llegó en 1822, el último de los Carreras había sido ejecutado recientemente. Graham se alojó en Santiago con la familia Cotapos, seguidores políticos de los anteriores Carreras y relacionados con los mismos por matrimonio. Su hija, Ana María Cotapos, se había casado con Juan José Carreras, e incluso fue perseguida por escribirse con su cuñado tras la muerte del marido. Por eso Graham se sorprendió cuando la madre y la hermana de OHiggins, doña Isabel y doña Rosa, visitaron la residencia Cotapos. "Ahora no queda ninguno de los Carreras, y se piensa que dicha facción está próxima a su fin", reflexionaba, "seguro que es el trabajo de aquellos que están al mando de los asuntos de Chile obtener opiniones valiosas de todo tipo de hombres; y no tengo ninguna duda de que están contentos de que esté aquí como excusa para hablar sin formalidades de reconciliación"[116]. Debe haber sido habitual que las damas destacadas diesen los primeros pasos para reunir a facciones rivales.

Aunque la referencia al desinterés habría hecho imposible que las mujeres reclamasen plenos derechos de ciudadanía, estas tres mujeres ilustradas propusieron y en cierta

medida actuaron a favor de un rol femenino que fuese menos restrictivo que el de la madre y esposa desprendida, que progresivamente se estaba convirtiendo en el ideal oficial. Las similitudes en sus vidas y actitudes sugieren que el estereotipo doméstico no representaba adecuadamente a las mujeres de clase media y alta de principios del siglo diecinueve en Sudamérica. Su pensamiento independiente puede haberse derivado en parte de su educación autodidacta a finales del periodo colonial, antes del establecimiento de escuelas femeninas donde el currículum vino a enfatizar la moral y habilidades domésticas, y de haber vivido en una época en la que las fronteras nacionales y las instituciones políticas estaban en proceso de formación. La naturaleza intermediaria de las conversaciones y la correspondencia entre las esferas pública y privada, proporcionó a las mujeres un espacio en el que expresar sus deseos de trascender, al menos en parte, las limitaciones de la maternidad republicana. Sáenz defendió su derecho a aconsejar y apoyar a hombres destacados en el poder. Arriagada, que no tuvo hijos, rechazó ser definida por su papel biológico. E incluso Sánchez, que aprovechó al máximo los resquicios para que las mujeres extendieran sus esfuerzos de maternidad en la caridad y la educación, estaba determinada a establecer y llevar a cabo políticas nacionales en dichas áreas.

Tras la mitad del siglo diecinueve, la expansión de la educación y de la alfabetización, combinadas con el ascenso del movimiento romántico en literatura, proporcionaron a la siguiente generación de mujeres hispanoamericanas la importante oportunidad de exigir una voz pública. Las revistas femeninas empezaron a proliferar a lo largo de todo el continente, y a final de siglo varias autoras eran aclamadas como poetas y novelistas. Pero este logro tan significativo tuvo un precio. Para conseguir que se publicaran sus escritos, las mujeres se vieron expuestas a una mayor presión para que siguieran una noción estricta de domesticidad femenina. Los políticos e intelectuales varones consideraban aceptable que las damas escribieran sobre "cosas de mujeres" para lectores femeninos, pero pocos estaban dispuestos a aceptar a dichas autoras como participantes de pleno derecho en la formación de la literatura nacional. De hecho, la filosofía del romanticismo, con el valor atribuido al sentimiento y la interioridad, reconoció las voces femeninas al mismo tiempo que las circunscribían a dicho terreno. A sus ojos, una mujer que escribía sobre política violaba el refugio del estado que estaban intentando crear con la literatura[117]. Por eso las autoras de finales del siglo diecinueve, en mayor medida que las corresponsales de generaciones anteriores, tuvieron que conformarse con la ideología dominante si querían aceptación

oficial y, por tanto, potencial influencia. Aquellas que no lo hicieron, se enfrentaron al ostracismo; quizá no fuera coincidencia que sus trabajos también reflejasen con frecuencia una falta de conexión entre las mujeres y la nación, identificándose con más frecuencia con otros grupos marginados, tales como los africanos o los indígenas[118]. Esta dicotomía duró al menos hasta principios del siglo veinte, cuando las primeras feministas articularon cuidadosamente sus demandas de derechos civiles y políticos en un discurso de domesticidad y maternidad, mientras que el arte y la literatura de las mujeres vanguardistas como Frida Kahlo o Rosario Castellanos reflejaban cierta ambivalencia hacia la nación[119].

---

[1] Traducción de Isidro Maya Jariego.

[2] Este artículo fue originalmente publicado en inglés con el título "Letters and Salons: Women Reading and Writing the Nation" en *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, ed. Sara Castro-Klarén y John Charles Chasteen (Woodrow Wilson Center Press and the Johns Hopkins University Press, 2003), 54-83.

Me gustaría agradecer a John C. Chasteen, en particular, por su estímulo y sugerencias, así como a los demás autores de la colección por sus comentarios durante el congreso "Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America", celebrado en abril de 2000 en el Woodrow Wilson International Center for Scholars en Washington, D.C.. La ayudante de investigación Mary Strasma me ayudó a revisar la literatura de viajes.

[3] Alberto Blest Gana, *Martín Rivas* (Editorial Ercilla Ltda., 1997), 55. Original de 1862.

[4] Véase, para tener varios ejemplos, José Dolores Monsalve, *Mujeres de independencia* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1926), Carmen Clemente Travieso, *Mujeres de la independencia: Seis biografías de mujeres venezolanas* (Mexico: Talleres Gráficos de México, 1964), Elvia Gutiérrez Isaza, *Historia heroica de las mujeres próceres de*



*colombia* (Medellin, 1972), Judith Prieto de Zegarra, *Mujer, Poder y Desarrollo en el Perú*, vol. 2 (Callao: Editorial DORHCA Representaciones, 1980), Armila Troconis de Veracoechea, *Indias, Esclavas, mantuanas y primeras damas* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, Alfadil Ediciones, 1990), 132-52, y Carmen Perdomo Escalona, *Heroínas y mártires venezolanas* (Caracas: Ediciones Librería Destino, 1994). Para el análisis del papel de las mujeres en las guerras de independencia, véase Evelyn Cherpak, *Women and the Independence of Gran Colombia, 1780-1830*, Ph.D. Dissertation, University of North Carolina at Chapel Hill, 1973, Cherpak, "The Participation of Women in the Independence Movement in Gran Colombia, 1780-1830", en *Latin American Women: Historical Perspectives*, ed. Asunción Lavrin (Westport, CT: Greenwood Press, 1978): 219-234, y Silvia M. Arrom, *The Women of Mexico City, 1790-1857* (Stanford: Stanford University Press, 1985), 14-52.

[5] En español en el original. En adelante destacamos en cursiva el texto que aparece en español, en francés o en quechua en el original. [N. del T.].

[6] "On the Education of Fernando Bolívar", 1822, *Selected Writings of Bolívar*, vol. 1, Ed. Harold A. Bierck (New York: The Colonial Press), 310.

[7] Para sus cartas, véase Aníbal Noguera Mendoza, ed., *Epistolarios: Bolívar y las damas, las damas y Bolívar* (Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1983), 15-90.

[8] Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere*, trad. Thomas Burger (Cambridge: The MIT Press, 1989).

[9] Dena Goodman, "Public Sphere and Private Life: Toward a Synthesis of Current Historiographical Approaches to the Old Regime", *History & Theory* 31:1 (1992): 1-20, Mary P. Ryan, "Gender and Public Access: Women's Politics in Nineteenth-Century America," en *Habermas and the Public Sphere*, ed. Craig Calhoun (Cambridge: The MIT Press, 1992), 264, Seyla Benhabib, "Models of Public Space: Hannah Arendt, the Liberal Tradition, and Jürgen Habermas," en *Habermas and the Public Sphere*, 73-98, and Nancy Fraser, "Rethinking the Public Sphere: Models and Boundaries," en *Habermas and the Public Sphere*, 109-142, and Carole Pateman, "Feminist Critiques of the Public/Private Dichotomy," en *Public and Private in Social Life* eds. S. I. Benn and G. F. Gaus (London: Croom Helm, 1983): 281-303.

[10] Mary Lowenthal Felstiner, "Kinship Politics in the Chilean Independence Movement," *Hispanic American Historical Review* 56:1 (1976), 58-80, y Linda Lewin, *Politics and Parentela in Paraíba: A Case Study of Family-Based Oligarchy in Brazil* (Princeton: Princeton University Press, 1987).

[11] Jean Franco, *Plotting Women: Gender and Representation in Mexico* (New York: Columbia University Press, 1989), 79-101, Doris Sommer, *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America* (Berkeley, Los Angeles and Oxford: University of California Press, 1991), Francine Masiello, *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation, and Literary Culture in Modern Argentina* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1992), María Inés de Torres Carballal, "Ideología estatal, ideología patriarcal y mitos fundacionales: la construcción de la imagen de la mujer en el sistema lírico del Uruguay del siglo XIX", en *Voces femeninas y construcciones de identidad*, ed. Marcia Rivera (Buenos Aires: CLACSO, 1995), 61-132, y Rebecca Earle, "Rape and the Anxious Republic: Revolutionary Colombia, 1810-1830", en *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*, ed. Elizabeth Dore and Maxine Molyneux (Durham and London: Duke University Press, 2000): 127-46.

[12] Susan Isabel Stein, "A Woman's Place: Nineteenth-Century Bourgeois Morality and the Spanish American Domestic Comedy", *Latin American Theatre Review* 26, no.1 (Fall, 1992): 79-90.

[13] Arrom, *The Women of Mexico City*, 15-26, y Sarah C. Chambers, *From Subjects to Citizens: Honor, Gender, and Politics in Arequipa, Peru, 1780-1854* (University Park: Pennsylvania State University Press, 1999).

[14] Citado en Elizabeth Garrels, "Sarmiento and the Woman Question: From 1839 to the *Facundo*", en *Sarmiento: Author of a Nation* ed. Tulio Halperín Donghi, Iván Jaksic, Gwen Kirkpatrick, and Francine Masiello (University of California Press, 1994), 286.

[15] Garrels, "Sarmiento", 272; véase también Elizabeth Garrels, "La Nueva Eloisa en América, o el ideal de la mujer de la generación de 1837", *Nuevo Texto Crítico* 2, no. 4 (1989): 27-38.

[16] Para reimpressiones de la prensa feminista en Argentina, véase Francine Masiello, ed., *La mujer y el espacio público: el periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX*

(Buenos Aires: Feminaria Editora, 1994). Para análisis, véase Nestor Tomás Auza, *Periodismo y feminismo en la Argentina, 1830-1930* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1988), y June Hahner, *Emancipating the Female Sex: The Struggle for Womens Rights in Brazil, 1850-1940* (Durham: Duke University Press, 1990).

[17] Nancy Saporta Sternbach, "Mejorar la condición de mi secso: The Essays of Rosa Guerra", en *Reinterpreting the Spanish American Essay*, ed. Doris Meyer (Austin: University of Texas Press, 1995), 47.

[18] Meyer, ed., *Reinterpreting the Spanish American Essay*, Montserrat Ordóñez, "Soledad Acosta de Samper: una nueva lectura", *Nuevo Texto Crítico* 2, no. 4 (1989): 49-55, y ensayos en Lea Fletcher, ed., *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX* (Buenos Aires: Feminaria Editora, 1994). Tanto para la apertura a las escritoras por parte del movimiento romántico como para las limitaciones impuestas a las mismas en Perú y España, véase Francisca Denegri, *El Abanico y la cigarrera: La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1996), 120-149, y Susan Kirkpatrick, *Las Románticas: Women Writers and Subjectivity in Spain, 1835-1850* (Berkeley and Los Angeles: The University of California Press, 1989), 62-96. June Hahner señala que algunas escritoras del siglo diecinueve en Brasil fueron de hecho relativamente radicales, véase *Emancipating the Female Sex*, 42-76. Más tarde, las feministas hispanoamericanas harían uso de la ideología de la superioridad moral para obtener un mayor rol en la esfera pública; Asunción Lavrin, *Women, Feminism, and Social Change in Argentina, Chile, and Uruguay, 1890-1940* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1995).

[19] Puesto que este ensayo se centra en mujeres escritoras, dejará de lado las experiencias de mujeres de las clases populares; para conocer sus experiencia en Perú, véase Chambers, *From Subjects to Citizens*.

[20] Véase la introducción a Sara Castro-Klaren, Sylvia Molloy and Beatriz Sarlo, *Womens Writing in Latin America: An Introduction* (Boulder: Westview Press, 1991), y Stacey Schlauf, *Spanish American Womens Use of the Word: Colonial through Contemporary Narratives* (Tucson: University of Arizona Press, 2001).

[21] Dena Goodman, "Enlightenment Salons: the Convergence of Female and Philosophic Ambitions", *Eighteenth-Century Studies*, 22, no. 3 (Spring, 1989), 340. Para

el papel de las cartas en Estados Unidos en el mismo periodo, véase David Shields, *Civil Tongues and Polite Letters in British America* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1997), 317.

[22] Angel Rama, *La ciudad letrada* (Hanover, N.H.: Ediciones del Norte, 1984).

[23] Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism* (London: Verso, 1983), 62. Véase también François-Xavier Guerra, "Forms of Communication, Political Spaces, and Cultural Identities in the Creation of Spanish American Nations", in *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, ed. Sara Castro-Klarén and John Charles Chasteen (Woodrow Wilson Center Press and the John Hopkins University Press, 2003), 3-32.

[24] Para ver el rol de las cartas en *Sab*, véase Fernando Unzueta "Scenes of Reading: Imagining Nation/Romancing History in Spanish America," in *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, ed. Sara Castro-Klarén and John Charles Chasteen (Woodrow Wilson Center Press and the Johns Hopkins University Press, 2003), 115-160.

[25] Goodman, "Enlightenment Salons", 329-50. Véase también Janet Gurkin Altman, "Womens Letters in the Public Sphere", in *Going Public: Women and Publishing in Early Modern France*, ed. Elizabeth C. Goldsmith and Dena Goodman (Ithaca: Cornell University Press, 1995), 99-115.

[26] Whitney Walton, "Writing the 1848 Revolution: Politics, Gender, and Feminism in the Works of French Women of Letters", *French Historical Studies* 18, no. 4 (Fall, 1994), 1007.

[27] Shields propone algo similar en el caso de las mujeres en Estados Unidos; Shields, *Civil Tongues and Polite Letters*, 319.

[28] Manuela Sáenz, *Epistolario*, ed. Jorge Villalba (Quito: Banco Central del Ecuador, 1986), Clara Vilaseca, ed., *Cartas de Mariquita Sánchez* (Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1952), y Oscar Pinochet de la Barra, ed., *Carmen Arriagada: cartas de una mujer apasionada* (Santiago: Editorial Universitaria, 1990).

[29] Ene. 30 y Nov. 28, 1843 en Sáenz, *Epistolario*, 126 y 149.

[30] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 312. En otra carta, escribía: "Escribo demasiado, hija, con tal frecuencia, a todo el mundo, que me duela la espalda. Raramente pasa un día sin que escriba". *Ibid.*, 130.

[31] Por ejemplo, una carta en 1856 a Alberdi en la que le pide que no se la lea a otros porque podrían pensar que era partidaria de Urquiza; Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 351.

[32] Para biografías de Sáenz, véase Alfonso Rumazo González, *Manuela Sáenz: La Libertadora del Libertador*, 3rd ed. (Bogotá: Ediciones Mundial Bogotá, 1944), Alberto Miramon, *La Vida ardiente de Manuela Sáenz*, 3rd ed. (Bogotá: Librería Sudamérica, 1946), Víctor W. Von Hagen, *La Amante Inmortal* (Barcelona: Editorial AHR, 1958), Mercedes Ballesteros, *Manuela Sáenz, el último amor de Bolívar* (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1976), Blanca Gaitán de París, *La mujer en la vida del Libertador* (Bogotá: Cooperativa Nacional de Artes Gráficas, 1980), Arturo Valero Martínez, ed., *En defensa de Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador* (Guayaquil: Editorial del Pacífico, 1988), José Rivas Rivas, *Carta de Manuela Sáenz a su Pornodetractor* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1990), Martha Gil-Montero, "Manuela and Simón", *Américas* 42:2 (1990): 6-15, y Ligia Elena Rojas, *Manuela Mujer Republicana* (Caracas: Ediciones Los Heraldos Negros, 1994).

[33] Prieto de Zegarra, *Mujer, Poder y Desarrollo*, 203-207.

[34] Carta de 1830, reimpressa en Eduardo Posada, "La Libertadora" *Boletín de Historia y Antigüedades* [Bogota]15 (Agosto, 1925), 32.

[35] Oct. 14, 1835 en Sáenz, *Epistolario*, 100.

[36] Junio 12, 1843 en Sáenz, *Epistolario*, 140.

[37] Para un análisis más detallado de la filosofía política y las actividades de Sáenz en el exilio, véase Sarah C. Chambers, "Republican Friendship: Manuela Sáenz Writes Women into the Nation, 1835-1856", *Hispanic American Historical Review* 81, no. 2 (May, 2001): 225-57.



- [38] Dic. 12, 1841 en Sáenz, *Epistolario*, 114.
- [39] Anderson, *Imagined Communities*, 54-59.
- [40] Ago. 10, 1844 en Sáenz, *Epistolario*, 164.
- [41] Mayo 18, 1837 y Oct. 20, 1837 en Sáenz, *Epistolario*, 107-108.
- [42] Ene. 20, 1842 en Sáenz, *Epistolario*, 115.
- [43] Sept. 7, 1843 en Sáenz, *Epistolario*, 144.
- [44] *Ibid.* y Junio 12, 1843 en Sáenz, *Epistolario*, 140.
- [45] Ene. 23, 1844 en Sáenz, *Epistolario*, 152.
- [46] Oct. 29, 1853 en Sáenz, *Epistolario*, 179.
- [47] Para biografías de Sánchez, véase Jorge A. Zavalía Lagos, *Mariquita Sánchez y su tiempo* (Buenos Aires: Plus Ultra, 1986) y María Sáenz Quesada, *Mariquita Sánchez: Vida política y sentimental* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1995).
- [48] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 387 y 49.
- [49] Sáenz Quesada, *Mariquita Sánchez*, 265.
- [50] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 121.
- [51] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 378.
- [52] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 319.
- [53] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 130 y 141.
- [54] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 136 y 353.
- [55] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 356.
- [56] También como en las biografías de Sáenz su vida es tratada tras este affaire con un epílogo trágico: la lenta degeneración en la enfermedad mental; Oscar Pinochet de



la Barra, *El Gran Amor de Rugendas* (Santiago: Editorial Universitaria, 1984).

[57] Pinochet de la Barra, ed., *Carmen Arriagada: cartas de una mujer apasionada*, 94.

[58] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 90.

[59] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 115; ver también, 118, 160.

[60] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 102.

[61] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 96, 144, 150, 166, y 172.

[62] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 40.

[63] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 46.

[64] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 41.

[65] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 44, 99, y 177.

[66] Ricardo Palma, *Bolívar en las tradiciones peruanas* (Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930), 119.

[67] Simón Bolívar, *Cartas del Libertador*, 2<sup>nd</sup> ed. (Caracas: Banco de Venezuela y Fundación Lecuna, 1964) vol. 4, 234.

[68] Rafael Alberto Arrieta, *Centuria Porteña: Buenos Aires según los viajeros extranjeros del siglo XIX* (Buenos Aires: Espasa, 1944), 83-87, y Alexander Caldcleugh, *Travels in South America During the Years 1819-20-21; Containing an Account of the Present State of Brazil, Buenos Ayres, and Chile* (London: John Murray, 1825), vol. 1, 174-77. Un viajero comentaba que las damas de Buenos Aires disfrutaban de la traducción de las novelas de Richardson tal como Pamela; H. M. Brackenridge, *Voyage to Buenos Ayres, Performed in the Years 1817 and 1818, by Order of the American Government* (London: Sir R. Phillips and Co., 1820), 84-85.

[69] Sobre los peligros atribuidos a las novelas, véase la contribución de Unzueta a este volumen.

[70] Sobre el partidismo de la prensa en Argentina, véase Tulio Halperín Donghi, "Argentine Counterpoint: Rise of the Nation, Rise of the State," in *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, ed. Sara Castro-Klarén and John Charles Chasteen (Woodrow Wilson Center Press and the Johns Hopkins University Press, 2003), 33-53.

[71] Jean Jacques Rousseau, "A dissertation on the Origin and Foundation of the Inequality of Mankind", en *The Social Contract and Discourses*, trad. G.D.H. Cole (London: J. M. Dent and Sons, 1973), 101, y Baron de Montesquieu, *The Spirit of the Laws*, trad. Thomas Nugent (New York: Hafner Publishing Company, 1949), 25.

[72] Bolívar, *Cartas del Libertador*, vol. 1, 168 (Feb. 9, 1815), y vol. 4, 263 (Feb. 23, 1825).

[73] March 22, 1843 en Sáenz, *Epistolario*, 128.

[74] Sept. 22, 1842 en Sáenz, *Epistolario*, 125.

[75] Kerber, "May All Our Citizens be Soldiers and all Our Soldiers Citizens: The Ambiguity of Female Citizenship in the New Nation", en *Women, Militarism, and War* eds. Jean Bethke Elshtain y Sheila Tobias (Rowman and Littlefield, 1990), 93.

[76] Sept. 7, 1843 in Sáenz, *Epistolario*, 145.

[77] Sept. 11, 1843 en Sáenz, *Epistolario*, 146.

[78] Sept. 11, 1843 en Sáenz, *Epistolario*, 146.

[79] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 100.

[80] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 355.

[81] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 380 y 382.

[82] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 349.

[83] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 349.

- [84] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 349-50.
- [85] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 354.
- [86] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 40-41, 376 y 419.
- [87] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 349.
- [88] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 374.
- [89] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 43. Su eslogan, decía en otra carta, era "a tu prójimo como a ti mismo"; 45.
- [90] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 352.
- [91] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 355.
- [92] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 150. Es posible, por supuesto, que intentara ejercer influencia política positiva más en las cartas a sus amigos chilenos, que en las remitidas a su amante austriaco.
- [93] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 118 y 125.
- [94] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 96.
- [95] Joan Wallach Scott, *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1996).
- [96] Ene. 1, 1845 en Sáenz, *Epistolario*, 173.
- [97] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 36.
- [98] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 175.
- [99] Abril 20, 1825, *Cartas del Libertador*, vol. 4, 309; véase también Nov. 26, 1825, *Ibid.*, 529.
- [100] Para las transcripciones del juicio, véase "Documentos inéditos", *Boletín de Historia y Antigüedades* [Bogotá] 47 (Mayo-Junio, 1960): 373-402.

- [101] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 140; see also 78, 127, and 134.
- [102] Para la transición de una relación espiritual a una física, véase la carta de Ago. 16, 1838, y para las sospechas de su marido, la carta anterior de Feb. 18, 1837; Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 145-47 y 65-67.
- [103] Ann Twinam, *Public Lives, Private Secrets: Gender, Honor, Sexuality, and Illegitimacy in Colonial Spanish America* (Stanford: Stanford University Press, 1999).
- [104] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 50. Arriagada probablemente se refería a Auguste Hilarion de Kératry (1769-1859).
- [105] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 165.
- [106] Pinochet de la Barra, *Cartas de una mujer apasionada*, 99-100 y 123.
- [107] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 319; véase también 100, 310, 321, 357, y 388.
- [108] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 38.
- [109] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 388, 408, 411-12.
- [110] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 129.
- [111] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 348.
- [112] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 40 y 338.
- [113] Sáenz Quesada, *Mariquita Sánchez*, 293-95.
- [114] Vilaseca, *Cartas de Mariquita Sánchez*, 365.
- [115] Otros análisis del rol de las mujeres escritoras como mediadoras puede verse en Silvia Delfino, "Conversar, escribir: Dos tramas de un secreto", en *Escribir en los bordes: Congreso Internacional de literatura femenina latinoamericana, 1987* (Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1990), 73-78, y Adriana Méndez Rodenas, *Gender and Nationalism in Colonial Cuba: The Travels of Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlin*

(Vanderbilt University Press, 1998), 10 y 15.

[116] Maria Graham, *Journal of a Residence in Chile, During the Year 1822 and a Voyage from Chile to Brazil in 1823* (New York and London: Praeger Publishers, 1969), 223.

[117] Sobre el rol de la mujer en el movimiento romántico, véase Kirkpatrick, *Las Románticas*, Denegri, *El Abanico y la cigarrera*, y Méndez Rodenas, *Gender and Nationalism*.

[118] Tales como Juana Manuela Gorriti y Clorinda Matto de Turner; Denegri, *El Abanico y la cigarrera*, 85-99 y 161-92. Aunque tales autoras puede que idealicen también la maternidad de la mujer; Schlau, *Spanish American Womens Use of the Word*, 55-80.

[119] Para varios ejemplos, véase Jean Franco, *Plotting Women*, 102-87, Joanna OConnell, *Prosperos Daughter: The Prose of Rosario Castellanos* (Austin: University of Texas Press, 1995), e Ileana Rodríguez, *House/Garden/Nation: Space, Gender, and Ethnicity in Postcolonial Latin American Literatures by Women* (Durham: Duke University Press, 1994).